18 febrero 2024

“¿Podéis beber de la copa…?”

Mateo 20:17-28

David C. Dixon

Introducción: La semana pasada hicimos una transición silenciosa a lo que tradicionalmente se conoce como Cuaresma, los 40 días antes de la pasión de Jesús, aunque para algunos la transición puede no haber sido tan tranquila, ya que fue precedida por varios días de estridente indulgencia y alegría (que es el sentido popular del Carnaval), justo antes de llegar al ayuno y la austeridad de la Cuaresma (al menos, en el sentido católico). De hecho, el fin de semana anterior a la Cuaresma, un compañero profesor del seminario y yo volábamos a Tenerife para dar clases de teología y Nuevo Testamento, y la tripulación de nuestro vuelo simplemente asumió que todos los que íbamos a bordo nos dirigíamos a las celebraciones del Carnaval (“carnavaleros”, nos llamaban). Y ciertamente llegamos a ver algunos disfraces bastante extraordinarios durante el fin de semana (pero nada tan extravagante como en Brasil).

En nuestro pasaje de las Escrituras de hoy nos encontramos en ese mismo período de tiempo justo antes de la pasión de Jesús. Y dado que el contexto es tan importante para nuestro pasaje, me gustaría revisarlo cuidadosamente antes de ir a nuestro texto. Se centra en el ministerio de Jesús en Perea y Judea de camino hacia Jerusalén –por última vez– (Mt. 19-20). En el cap. 19 Jesús es confrontado primero por los fariseos, como de costumbre tratando de ponerlo a prueba, esperando comprometerlo con sus palabras, y el tema específico es el matrimonio y el divorcio (un asunto bastante espinoso) ¡pero cualquier cosa que hagamos en esta área, como Jesús aclara en el v. 12, debe ser **¡por el bien del Reino!** (Es decir, ¡deja que las prioridades del Reino iluminen tu matrimonio o soltería, y tus problemas y luchas a ambos lados de esa línea!) Su próxima confrontación es con los propios discípulos, y la cuestión es sobre los niños y su lugar en el Reino. Jesús insiste en que **“de ellos es el Reino de los cielos, así que no pongáis obstáculos entre ellos y yo!”** (La primera aplicación de este dicho está dirigida a la iglesia, pero en segundo lugar, ciertamente se aplica también a los padres, y en un tercer nivel a los educadores.) A partir del v. 19, el encuentro es con un “joven rico”, y el tema trata sobre las posesiones y la vida eterna; pero cuando el joven se va, Jesús explica su problema también en términos del Reino –cómo las cosas materiales pueden ser un impedimento para el Reino. Y Jesús termina esa conversación con una promesa a los discípulos sobre seguirle a Él y, como resultado, el Reino en sus vidas. Inmediatamente después Jesús les cuenta una parábola del Reino, probablemente no sea una de sus favoritas (¿ni la tuya?), porque sugiere que los que entren últimos en el Reino recibirán la misma recompensa que los que lleguen primero –una enseñanza fascinante, seguramente para estimular el sentido de justicia de los discípulos. Después de eso, tenemos lo que podríamos llamar el inmediato contexto de nuestra lectura de hoy: Jesús y el tercer anuncio de su pasión. Él no intenta explicar su conexión con el Reino, pero tiene que ver con completar el trabajo de establecerlo. Y después de toda esta enseñanza intensiva sobre el Reino, tenemos el incidente del texto de hoy: Santiago y Juan llegan con su petición… ¡y con su madre! Entonces la pregunta que se suscita es ¿cuál es el patrón de este Reino?

1) Santiago y Juan tenían una relación interesante con su Maestro y Señor. Su madre y la de Jesús eran muy probablemente hermanas, como se evidencia en estos pasajes paralelos: Mt. 27:56, madre de los hijos de Zebedeo = Mc. 15:40, Salomé = Jn. 19:25, hermana de la madre de Jesús. Eso hacía que Santiago y Juan fueran primos hermanos de Jesús, y su madre, su tía. ¿Cómo nos habríamos sentido, si hubiésemos estado entre los discípulos, al darnos cuenta de que estos "colegas" intentaban controlar los resultados aprovechando su "ventaja"? ¿Su madre, como tía de Jesús, seguramente podría ejercer cierta influencia sobre Él para ayudarlos a seguir adelante con sus ambiciones? ¿O simplemente se estaban poniendo a disposición de Jesús? Realmente parece injusto, ¿no? ¿Nepotismo? Seguro que ninguno de nosotros habría considerado alguna vez una jugada tan rastrera, ¿verdad? Sin embargo, después de todo, Santiago y Juan probablemente se creían particularmente cualificados para ocupar ciertas posiciones que seguramente beneficiarían los objetivos a largo plazo de Jesús. Y, claro está, no podemos saber realmente si la idea surgió originalmente de los dos hermanos o de su madre. Lo que podemos ver son las claras lecciones que Jesús saca del encuentro y expone ante sus discípulos. Así que vamos a realizar la exégesis del texto y extraer los patrones recurrentes del Reino, las implicaciones para el significado de la cruz, y la aplicación a nuestro discipulado.

Primero, nos fijamos en *cómo* Salomé se acerca a Jesús –con profundo respeto. Ella entiende que Él es el Mesías tan esperado, aunque también sea su sobrino; ***"arrodillándose"***, dice literalmente el texto, aunque sin especificar todavía lo que quiere. Entonces Jesús facilita este encuentro un poco incómodo diciéndole: ***"¿Qué quieres?"*** y procede a expresarlo: ***"Ordena que en tu reino uno de estos dos hijos míos se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda."*** Y el texto dice que Jesús **les** responde, lo que significa que están los tres juntos: ***"No sabéis lo que estáis pidiendo."*** (Siete palabras en inglés, cuatro en griego, correspondientes al español "No sabéis lo que estáis pidiendo".) A esto le sigue una pregunta incisiva: ***"¿Podéis acaso beber el trago amargo de la copa que yo voy a beber?"*** Pero los chicos no se lo piensan dos veces: ***"Sí, podemos"***, responden llenos de confianza. Entonces Jesús les informa de que ciertamente beberán de Su copa (Él ya lo sabe), ***"pero el sentaros a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde concederlo. Eso ya lo ha decidido mi Padre."***

Repasemos ahora esta conversación y pensemos en su estructura, que consiste de manera muy simple en una petición y en la respuesta de Jesús. En realidad, la petición se manifiesta en términos de parábola: Salomé expresa su petición en relación a la sala del trono donde el Rey ejecuta los asuntos de Su reinado sentado en su trono. En el Reino de Jesús, ¿no habrá nada más que hacer que estar sentados? ¡Creo que habrá muchas cosas que hacer! Pero ella simplemente desea que sus hijos estén a la derecha e izquierda de Jesús, representando los lugares de máximo honor y gloria. Eso es básicamente lo que solicita. Y eso es lo que provoca el comentario de Jesús: ***"No sabéis lo que estáis pidiendo."*** Pero no se dirige solo a Salomé, porque está en plural. Jesús ve que se trata de una conspiración a tres bandas, y ninguno de ellos tenía idea de lo que estaban pidiendo, porque solo podían pensar en términos de un Reino de este mundo. Todavía no habían captado la visión de un Reino espiritual. Así pues, ¿con qué frecuencia preguntamos de esta manera, llenos de ignorancia? ¡Realmente sin pensar en términos del Reino de Jesús! Según el Padrenuestro, debería ser una de nuestras principales prioridades, encabezando nuestra lista de oración; es decir, todo lo que pedimos en oración debe estar condicionado a que busquemos primero el Reino. Santiago y Juan no estaban realmente pensando en las prioridades del Reino, sino en sus ambiciones personales (un tema de conversación muy frecuente entre los discípulos), aprovechando su ventaja, controlando los resultados. ¿Con qué frecuencia nuestra vida de oración está limitada por esas mismas anteojeras?

Entonces Jesús les hace una pregunta crítica, también formulada en términos parabólicos: ***"¿Podéis beber el trago amargo de la copa que yo voy a beber?"*** Y la falta de vacilación en su respuesta es una clara indicación de que no lo han pensado dos veces. No saben lo que esto implica, como si el coste del discipulado no necesitase una seria meditación. Pero Jesús simplemente afirma que

ciertamente beberán de Su copa... lo cual debería provocar que nos preguntemos a qué se refería. En otro escenario, el Huerto de Getsemaní, Jesús nuevamente habla en estos términos, pidiendo al Padre si es posible que pase de él esta copa. Algunos lo interpretan como la copa de la ira del Padre. Pero tenemos que ser consistentes aquí: si fuera la ira del Padre, entonces en Mt. 20, Él les diría a Santiago y a Juan que *ellos también deben beber de la ira del Padre*: ¿qué sentido tendría eso? Es una cuestión de exégesis (extraer el significado del texto) versus eisegesis (leer los propios pensamientos en el texto). No queremos hacer eso; a veces es difícil evitarlo. Pero del contexto de las Escrituras, concluimos que la copa representa la comunión de sufrimiento a la que estarán sujetos Jesús y sus seguidores en este mundo, que incluso lo había prometido en Jn. 16:32, además de recordarles que ningún siervo es más que su amo, ningún discípulo más que su maestro. Los Evangelios dejan claro que la noche en que fue traicionado, Jesús fue ***"entregado en manos de pecadores"*** quienes procedieron a hacerle lo que estaba en nuestros corazones. ¡Así que Jesús sufrió la ira de la humanidad, no la del Padre! ¡Dios NO era quien estaba sediento de sangre en esa escena! ¡Éramos nosotros! No se trataba de que Jesús pagara a Dios para que Él nos pudiera perdonar a nosotros –se trataba de nosotros, los seres humanos, expresando nuestra máxima rabia contra nuestro amoroso Creador, torturándolo hasta la muerte, que tan humildemente aceptó de nuestras manos, perdonándonos en lugar de aniquilarnos. ¡Fue la encarnación de nuestra salvación!

Entonces, la conversación con Santiago, Juan y su madre termina con el comentario de Jesús sobre esos lugares de honor: no era Su responsabilidad asignar esos lugares, ya que Dios se encargaría de eso. Y si Santiago y Juan hubieran sabido quiénes estarían realmente a Su izquierda y a Su derecha en el momento de ser elevado al trono, se habrían horrorizado de su propia petición. "¡Ladrón número 1, y ladrón número 2!" ¡Qué honor para *uno* de ellos, el que reconoció a Jesús por quién era, lo confesó, y fue conducido personalmente al paraíso por el Rey!

2) Pasamos a la segunda mitad del pasaje, vv. 24-28, ¡donde los otros discípulos empiezan a darse cuenta de lo que estaban haciendo los dos primos de Jesús! ¡Y cómo se ofendieron! Estaban indignados porque estos hermanos trataban de tomar ventaja sobre el resto de ellos –¡qué injusto!– cuando en realidad todos hubieran hecho lo mismo dada la oportunidad. Así que primero veremos la estructura simple de esta sección: la *reacción* de los otros cuando la verdad sale a la luz, y la *respuesta* de Jesús, extrayendo las lecciones que se deben aprender. Ya hemos mencionado la indignación, pero podemos entrar en detalles en términos de celos, rivalidad, egoísmo, envidia, orgullo. En la respuesta de Jesús, Él los convoca y luego apela a ellos sobre lo que ellos mismos pueden observar en el mundo ("cómo son los gobernantes terrenales"); después contrasta los patrones del mundo con los de Su Reino. Es un ejercicio al que debemos prestar mucha atención, porque somos muy susceptibles al impacto de los patrones de nuestro mundo. Influyen en la iglesia mucho más de lo que impactamos al mundo con el evangelio. Debemos despertar a esta realidad y escuchar la voz de Jesús sobre esto.

Entonces, ¿qué ideas clave vemos con respecto a los *patrones de este mundo?* Incluso la indignación misma puede ser una especie de maniobra manipuladora –cuando presionamos a alguien para que se ajuste a nuestros criterios. Pero ¿qué más vemos aquí? Los gobernantes de las naciones ***"oprimen a los súbditos"***, y los altos oficiales "***abusan de su autoridad"***. Además, estos gobernantes tienen hambre de grandeza mundana: control sobre la gente y las cosas, buscando activamente ser los primeros y ser servidos. Jesús les dice a los discípulos llana y enfáticamente: ***"Pero entre vosotros no debe ser así."*** Entonces, contrastando todo eso con los patrones del Reino, lo primero que dice es que los caminos del mundo y sus pensamientos no son los Suyos –¡así que no imitéis sus patrones! Su Reino no tiene nada que ver con controlar a la gente ni usar la fuerza; se trata de servicio, de humildad; no buscar el primer lugar, sino anteponer los intereses de los demás; dar tu vida por el bien de los demás, rescatar. ¡Esa es la misión a la que Jesús nos invita! ¡De eso también se trata la copa de la comunión con Él! Porque *¡cuándo vemos a Jesús establecer este patrón con la máxima claridad…* **sino en la cruz!** ¡Cuando entregó su vida como rescate! Esa fue la máxima confrontación –la hora de la verdad– entre el Dios del universo y el enemigo de

nuestras almas, que nos había tomado cautivos y nos había hecho sus cómplices en el crimen. Así pues, Jesús actúa como Siervo Sufriente y Redentor en este pasaje, identificándose plenamente con los cautivos indefensos, incluso dejándose llevar cautivo por las fuerzas del enemigo, sometiéndose a sus torturas hasta la muerte. Así que la cruz no es "mágica" –estaba resistiendo el máximo asalto del maligno sin sucumbir al pecado, la venganza o la amargura, fiel a Su llamada, reinando desde ese trono miserable, venciendo al "hombre fuerte" por nuestro bien, para poder entrar en su guarida, su principal dominio (la muerte), y demostrar que incluso allí Satanás no tenía la última palabra. De modo que la misma vida de Jesús sirvió como "rescate", rompiendo el dominio del enemigo y abriendo las puertas de la muerte con Su vida indestructible. Así que Él nos ofrece a nosotros, rehenes, la libertad de nuestra esclavitud simplemente confesando Su nombre.

Esta mañana, al acercarnos a esta mesa de comunión, consideremos nuestras vidas según los "modelos del Reino" ilustrados en esta Escritura y el sacrificio de nuestro Salvador, y comprometámonos nuevamente a seguir Sus pasos de servicio y testimonio a favor de los perdidos, oprimidos y prostrados de este mundo!